

Tan pronto como desapareció Solon, el castillo Levrault volvió á recobrar su aspecto ordinario.

Nada retenía ya á Gaston al lado de su familia, y podía partir sin inquietud: el bienestar de Laura se hallaba asegurado, puesto que la dejaba la mejor parte de sus rentas, y solo reservaba para sí lo estrictamente necesario. La vida de abnegación y de sacrificios únicamente iba á comenzar para él solo.

En el castillo de La Rochelandier nadie sabía una palabra de su resolución, porque á todos se la había ocultado, temiendo las reconvenções de su madre. Su objeto era no comunicar á nadie más que á Laura su determinación, y esto en el instante mismo de ponerse en marcha.

La víspera del día fijado para su marcha, casábase un hijo de sus colonos, y Laura había prometido asistir á la ceremonia y á la fiesta.

Gaston y su mujer subieron á un carro entoldado al efecto, y se dirigieron á la quinta.

Laura con su traje de muselina y con un sencillo sombrero de paja, estaba cien veces más hermosa que anteriormente en la Trelade y en la calle de Varennes con sus brillantes y costosos adornos.

Ambos esposos guardaron el mayor silencio durante el viaje, porque sus pensamientos se abismaban involuntariamente en el día de su matrimonio.

A su llegada viéronse rodeados por sus colonos, que se apresuraron á servirlos, y los acogieron con la mayor cordialidad.

Laura no pudo mostrarse insensible á la alegre y gozosa emoción que leía en todos los semblantes.

Veía que su marido era generalmente amado por aquellas pobres gentes, y no podía menos de tomar parte en el amor que Gaston les inspiraba.

En los ojos de los jóvenes desposados se leía un regocijo franco y una verdadera felicidad.

Laura y Gaston los observaban con tristeza, y cuando sus miradas llegaban á encontrarse, uno y otro volvían la cabeza á un lado, como si ambos

hubiesen tenido miedo de que el otro adivinase lo que pasaba en su corazón.

Los dos esposos que contemplaban delante de sí, no tenían títulos ni riquezas; pero se adoraban, y eran felices.

Laura rompió el baile con el hijo del colono, y Gaston con la desposada. El joven campesino expresaba con ingenuidad lo dichoso que se consideraba con su matrimonio, y Laura le escuchaba con cierta curiosidad mezclada de dolor. La novia por su parte abría su corazón con candidez, y Gaston la escuchaba con melancolía.

Distraídos, preocupados durante el resto de la noche, Laura y Gaston paseaban en torno suyo miradas tristes, y se decían en lo más hondo de su conciencia que es menester bien poca cosa para ser felices cuando se ama, y que la pobreza, lo mismo que la opulencia, tiene sus peculiares goces.

La noche estaba deliciosa, y ambos esposos regresaron á pié al castillo. Conmovidos, agitados por lo que habían visto, y por las ideas que la agena dicha les había sugerido, marchaban silenciosos á lo largo de las avenidas. Era la vez primera que se encontraban en situación semejante, solos, de noche y en medio de los campos. Las estrellas brillaban en el firmamento por encima de sus cabezas; la atmósfera embalsamada con los perfumes de los bosques aumentaba la turbación de sus al-

mas. El sendero que habían tomado para abreviar el camino, era por algunos lados tan angosto, que Laura, asiéndose del brazo de su marido, se estrechaba contra él; su cabello rozaban el semblante de Gaston, y sus alientos se confundían.

Tan pronto hacían alto para escuchar el susurro de las aguas del Sevres, tan pronto apresuraban el paso mirándose á hurtadillas, escuchando los latidos de sus corazones, sorprendidos, turbados y confusos como si se hubieran casado el día anterior.

No se hablaban palabra, y sin embargo, jamás habían estado tan cerca de comprenderse.

Más de veinte veces tuvieron uno y otro en los labios la declaración de su mútuo amor, y la vergüenza que les inspiraba lo pasado, así como el temor de no ser correspondidos, detuvieron los ímpetus de su cariño.

Laura y Gaston llegaron al castillo de La Rochelandier, sin haber proferido ni una palabra siquiera. En el dintel del aposento de Laura, Gaston cogió á su mujer entre sus brazos, la estrechó con una ternura desusada, la oprimió cariñosamente contra su pecho, y en seguida se puso á contemplarla por algunos instantes.

En el momento de separarme de ella, quizás para siempre, hubiérase dicho que Gaston quería grabar más y más la imagen de su esposa en su

memoria, y beber en el ósculo de despedida la energía y el valor que necesitaba.

Laura creía hallarse ya tocando la felicidad; su marido se separó de ella, sin tener fuerza de ánimo suficiente para anunciarle su marcha.

Así que Laura se quedó sola, empezó á recrearse con delicia bajo la emoción embriagadora de aquel primer abrazo amoroso. Yéndose en seguida al borde de su ventana, abierta de par en par, abismóse en la contemplación del cielo estrellado; jamás le había parecido el aire tan puro ni la brisa tan perfumada: el esplendor de la noche redoblaba todas sus facultades.

El sentimiento de la dicha, sin embargo, tardó muy poco en ser reemplazado en ella por el sentimiento de la inquietud.

¿Qué importancia debía dar á la turbación de su esposo? ¿De qué procedería aquel abrazo convulsivo? ¿Por qué se habría separado de ella después de estrecharla en sus brazos?

El amor se alarma fácilmente; así es que aquella joven esposa, tan indiferente pocos días antes, que veía salir á su marido sin preguntarle á dónde iba, y que jamás aguardaba su regreso para preguntarle en qué había invertido la jornada, recordaba al presente con una triste precisión todas cuantas palabras había pronunciado desde su llegada al castillo de La Rochelandier.

La actitud de Gaston, su ademán distraído, sus palabras evasivas cuantas veces se había tratado del porvenir, todo la inducía á creer que su marido había formado secretamente algún proyecto al cual no quería asociarla.

Su imaginación se exaltaba extraordinariamente en el silencio y la soledad.

Ya habían transcurrido dos horas desde que Laura se hallaba en la ventana de su aposento, y todavía no pensaba siquiera en cerrarla: al tender sus miradas por el parque, vió luz á través de las cortinas de la habitación de Gaston, y al notar aquella vigilia tan prolongada, que en cualquiera otra época no la hubiera preocupado ni un solo instante, su ansiedad llegó al colmo.

Impelida por una inspiración irresistible, se dirigió al aposento de su marido.

Gaston acababa de hacer sus preparativos de viaje, y se disponía para escribir á su madre y á su mujer, cuando Laura entró en el aposento, pálida, trémula y con el cabello destrenzado.

Una sola mirada bastó á la joven para comprenderlo todo.

—¡Ah! ¡vas á partir! le preguntó con vehemencia.

Y viendo que Gaston vacilaba en responder, prosiguió con amargura:

—Sí, te marchas, y solo; ¡sin querer llevarme

contigo, sin dignarte participarme tus proyectos! Comprendo perfectamente, sin embargo, que no haya aliciente alguno para detenerte al lado mio. ¿Con qué objeto habias de quedarte cerca de mí? Demasiado sé que no me amas..... ¡mas no creas que vengo á reconvenirte por tu indiferencia! Lo que sí haré, es preguntarte, porque me parece que tengo derecho para ello, á fuer de esposa tuya, ¿cuáles son tus intentos? ¿á dónde piensas ir?

Gaston asió las manos de su mujer, y sentándola sobre sus rodillas, la dijo con acenio cariñoso:

—Escucha, hija mia; la vida que he traído hasta aquí es muy reprehensible, puesto que he dejado trascurrir en la ociosidad los más preciosos años de mi juventud. Ahora es cuando conozco toda la extension de mi falta, y ha llegado ya el tiempo de repararla. La educacion que he recibido y el loco orgullo de mi familia ha tenido la culpa de que yo haya considerado hasta aquí la inaccion como un miserable puntillo de honor. Todavía no soy nada en el mundo, y me avergüenzo de ello. Quiero, pues, cambiar de conducta, tratar de elevarme y cambiar mi destino. Todo hombre debe encontrar en sí mismo una riqueza que esté al abrigo de los golpes de la suerte. Voy á ponerme en marcha para París, donde procuraré buscar medios de emplear mi fuerza y mi inteligencia. El trabajo es una ley comun á toda la humanidad:

quiero, por tanto, obedecer á esta ley, que por tan largo tiempo he desconocido.

—¡Y quieres marcharte sin mí!

—Cree, hija mia, que si pudiera contribuir algo á tu felicidad, no te abandonaria por cuanto hay en el mundo; mas ¿en qué puedo serte útil? Lo que tú buscabas en mí ya no lo tengo.

—Pues qué, ¿no he perdido yo nada por ventura? replicó Laura bajando los ojos.

—No, hija mia, no; tú nada has perdido, dijo Gaston oprimiéndola dulce mente contra su pecho. La suerte no ha podido quitarte tu gracia, tu belleza y tu juventud. Si me amases, yo te diria: partamos juntos; ven á participar de la vida austera que me prometo hacer. Tú serás mi alegría, mi felicidad; tu presencia redoblará mi valor: al considerar que te tenia á mi lado y al trabajar para tí, olvidaria la pobreza. Pero tú no me amas, hija mia. ¿Y por qué habias de amarme? ¿qué he hecho yo para merecer tu ternura?

—¡Oh! ¡Partiremos juntos! exclamó Laura, echándole los brazos al cuello. Eramos dos insensatos, y Dios nos ha castigado por ello; pero ya nos perdona, puesto que nos envia el amor.

Laura y Gaston se detuvieron todavía algunos dias en el castillo de La Rochelandier, porque antes de despedirse de todos aquellos sitios, querian mostrarse regenerados, puros de todo vano deseo

ante los umbrosos bosques de la Trelade, ante la soledad de aquel valle pacífico, y ante todos aquellos lugares, testigos en un principio de su locura, y al presente de su felicidad.

Así que terminaron esta peregrinacion, partieron una mañana al amanecer, mientras que todos se hallaban durmiendo en el castillo.

La marquesa y M. Levrault, que no tenían el recurso del amor para consolarse, despues de lamentar á duo la ingratitud de sus hijos, volvieron á emprender sus antiguas reyertas, como si fueran una partida de juego interrumpida. A la hora en que escribimos estos renglones, la partida dura aun. Maese Jolibois ha vuelto á la vida privada, despues de haber tomado asiento en la Asamblea constituyente. Al verse abandonado de su clientela, consuélase con decir que la República marcha por mal camino.

Gaspar de Montflanquin entretiene los largos ócios de su consulado enseñando el *treinta y cuarenta* y la *ruleta* á los salvajes de la Oceanía.

FIN.

